

Estos cuatro puentes, para vía de 1,68 m, fueron terminados y probados en 1918.

Su coste por metro lineal osciló entre 1 360 y 1 860 pesos.

Los hormigones armados se dosificaron a razón de 330 kg de cemento por metro cúbico. En los cimientos se redujo la dosificación a 220 y 180 kg por metro cúbico.

En resumen, puede afirmarse que en Chile también se han evidenciado hasta tal punto las ventajas del hormigón armado para los puentes de carretera y de ferrocarril, que puede decirse que hoy día, en esa clase de obra, se emplea casi exclusivamente el nuevo material, que desde hace veinticinco años preconizamos.

J. EUGENIO RIBERA
Profesor de la Escuela de Caminos

Memorias de la Escuela de Caminos

V

Echegaray.—Saavedra.—«Revista de Obras Públicas».

En el período comprendido entre los años 49 al 53, cuyos acontecimientos más salientes hemos recordado en el artículo anterior, salieron de la Escuela ingenieros de singular renombre, algunos de los cuales



D. José Echegaray

alcanzaron fama universal: Echegaray, Saavedra, Gabriel Rodríguez, Pérez de la Sala, Brockmann...

¡Echegaray!... ¡Qué de recuerdos evoca tan glorioso nombre! Para la juventud entusiasta de aquella generación que siguió al período de la revolución del 68, entre cuyas agitaciones y luchas brotó el genio dramático de Echegaray, pronunciar este nombre es volver a sentir los locos entusiasmos de aquella edad.

Porque fué a la juventud, a la juventud arrebatada y nerviosa que asistía a los estrenos de Echegaray, a la que más rápidamente cautivó con los emocionantes parlamentos de sus dramas, recios de hechura y de vibrante estilo.

Aún suenan en nuestros oídos aquellos prolongados aplausos, aquellas ruidosas aclamaciones con que acogíamos en el *paraíso* del teatro Español la presencia del autor en la escena, y las acaloradas disputas con que defendíamos las falsedades de que se valía para dar emoción intensa a sus dramáticos conflictos. Que eso fué el teatro de Echegaray: un teatro de emoción ante todo, y, por ello, artístico sobremanera, pese a todas las reglas y a todos los credos dramáticos antiguos y modernos.

ERA de ver a los alumnos de Caminos en aquellos estrenos. Cuando salíamos a los pasillos a la terminación de un acto, y le defendíamos contra los ataques de la que fué muchas veces envidiosa crítica, poníamos por delante su condición de ingeniero, de maestro incomparable, de matemático insigne; que todas esas cosas eran para nosotros la nota culminante de su genio, y por ellas el primero de los autores.

Y lo era, sin duda, en aquel entonces, si se advierte que cuando Echegaray apareció en la escena atravesaba la dramática española un período de estancamiento, del que apenas si pudo alguna que otra vez salir, con las muy contadas apariciones de Tamayo y Ayala, y fué entonces Echegaray—dice un ilustre cronista—“un aliento de vida, una ráfaga de salud, un puñetazo vigoroso dado sobre la estúpida chareta donde se asfixiaba nuestro teatro”.

Hablar de Echegaray y no hablar de su arte maravilloso como autor, no es posible, porque es este mismo arte el que aparece en todas las manifestaciones de su fecundo ingenio, lo mismo cuando hacía hablar a sus fingidos personajes, que cuando escribía un artículo de vulgarización científica o explicaba una lección de Cálculo o de Mecánica en la Escuela de Caminos.

Además, fué en la Escuela donde nacieron sus aficiones por el arte dramático, y es la Escuela culpable, por extraña paradoja, de que se hiciera autor.

Al año de terminar su carrera, año que pasó en Almería dedicado a la conservación de cinco kilómetros de carretera, única obra pública que existía entonces en aquella provincia, fué nombrado profesor-ayudante de la Escuela y, poco después, secretario.

Su extraordinaria cultura matemática y aquel don singularísimo para exponer que poseía, diéronele tan grande fama entre compañeros y discípulos, que llegó a considerársele como insustituible en el desempeño de sus cátedras, y en dos ocasiones en que qui-

so abandonar la Escuela para dedicarse a la enseñanza privada, le fué denegada la autorización.

Se conduce Echegaray en sus *Recuerdos* de aquel egoísmo colectivo que le privó de ganar *millones*, si se hubiera dedicado a la preparación, pero no pudo resistir a las insistentes súplicas de sus compañeros. «Desde entonces—dice—grité: libertad e individualismo», y ese fué, en efecto, su grito de guerra en todas sus andanzas posteriores.

No se puede dudar, que si Echegaray hubiera consagrado su pasmosa actividad y su gran inteligencia a las ciencias matemáticas, que fueron los amores de toda su vida, tendría España un matemático que colocar al lado de los más celebrados de otras naciones, y él mismo hubiera sido un soberano mentis a su famosa invectiva contra la ciencia española, que fué el lema de su discurso de recepción en la Academia de Ciencias.

Por egoísmo de Cuerpo, Echegaray permaneció en la Escuela largos años; elevó considerablemente el nivel de las enseñanzas y enriqueció la literatura científica con numerosas Memorias, folletos, apuntes y artículos, que fueron sólido cimiento de su gran reputación; mas..., ¡triste prosa de la vida!, el provecho material que obtuvo fué nulo, y la situación económica de Echegaray en aquel tiempo dejaba mucho que desear.

Y fué entonces cuando, despertándose sus viejas aficiones por la literatura dramática, pensó si tomando este nuevo rumbo mejoraría su posición.

Como lo pensó lo hizo, y dióse desde aquel instante con entusiasmo a concebir dramas y escribir versos, dramas y versos que guardaba e iba acumulando en el cajón de su mesa.

Del Echegaray alumno, del Echegaray profesor, del mismo que se sentara delante de esta misma mesa donde ahora enjaretamos estas desabridas crónicas, del que mirara temeroso todos los días al entrar en clase la esfera del mismo reloj de péndola de French que hoy ocupa un rincón de la sala de Juntas y que fué la pesadilla de muchos en tiempos de Subercase, de ese Echegaray, en fin, tan interesante para los que nos honramos con el mismo título a cuyo prestigio él contribuyó como nadie, quiéramos hablar ahora con gran lujo de noticias. Pero... ¡son tan escasas las que de ese Echegaray tenemos!

Sólo sabemos por sus discípulos que fué el prototipo del orador de cátedra: conciso y ordenado en la exposición, lúcido y preciso al buscar la imagen que aclarase el concepto, «para fijar las ideas» según sus propias palabras, y tan extraordinariamente ameno en sus explicaciones que a sus clases asistían los alumnos como si a asistir fueran a un encantador espectáculo.

Y cuenta que las materias que él explicaba no eran por su naturaleza las más apropiadas a un decir ingenioso y sugestivo; pero él todo lo suplía con su viva imaginación de artista y la fuerza universal de su talento, conciliando como pocos las más opuestas aptitudes. Matemático y poeta, político y economista, literato y orador, siempre tuvo a su alcance innumerables recursos para dar amenidad y belleza a sus explicaciones y escritos.

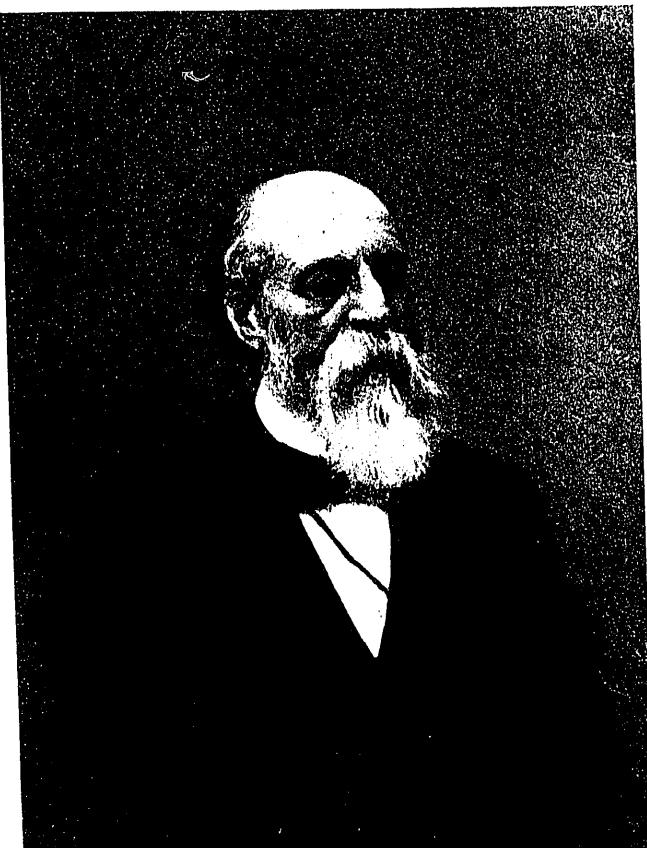
La hermosa colección de artículos que, bajo el epígrafe *Ciencia popular*, editó el Cuerpo en ocasión del homenaje que la nación entera le rindiera un día como tributo a su genio, es la muestra más brillante

de aquella diversidad de conocimientos y de aquel decir galano y atractivo que poseía.

* * *

Unido a Echegaray, a su altura como hombre de ciencia, de menor popularidad por la índole especial de sus aficiones, pero tan universal como él, como él tan gran maestro y del mismo espíritu selecto, hemos de citar a Saavedra, el ingeniero más sabio de aquellos tiempos.

Poco después de terminar la carrera ingresó como profesor en la Escuela para explicar Mecánica apli-



D. Eduardo Saavedra

cada, asignatura que adquirió desde entonces el lugar preeminente que en los planes de estudios le corresponde. Largos años la explicó Saavedra, y llenas están las columnas de la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS de artículos, notas y lecciones suyas, que publicó para enseñanza de todos los ingenieros, haciendo del periódico una prolongación de su cátedra y logrando con ello el destierro de rutinas y empirismos muy en boga en aquel tiempo entre los constructores.

Para esta labor de propaganda científica ayudaba a Saavedra su extensa erudición y el conocimiento de gran número de lenguas, en algunas de las cuales, como el árabe, llegó a ser una especialidad.

Cultivó la literatura, principalmente la histórica, y sus trabajos de esta índole le dieron no poca fama, fama que traspasó las fronteras.

También sus estudios y publicaciones técnicas trascendieron al Extranjero. El eminente matemático e ingeniero francés Ivon Villarceau, autor de una célebre Memoria sobre *Cálculo de puentes de jác-*

brica, premiada por la Academia Francesa, fué un gran admirador de Saavedra, con cuya amistad se honraba y a quien respetaba reconociéndole su gran autoridad.

Autoridad: esa es la palabra que caracteriza la personalidad de Saavedra. Autoridad ejerció siempre y en todas partes: en la Escuela, en el Cuerpo, entre arabistas e historiadores, entre literatos y eruditos. La debió a su talento y saber, ciertamente, pero también al limpio proceder de su conciencia honrada.

* * *

Es el año de 1853 año memorable para el Cuerpo. En él terminó la carrera Echegaray, fué nombrado profesor de la Escuela Saavedra, y vió la luz pública, el día 1º de mayo, el primer número de la REVISTA.

Echegaray, Saavedra y REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS. He aquí tres nombres que nacen a la vida del trabajo casi simultáneamente y que unidos en el trabajo han de estar durante muchos años.

No sería aventurado suponer que la idea de dar a la publicidad la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS cristalizara en la Escuela, si se tiene presente que el Comité de redacción, desde el primer número, y durante mucho tiempo, constituyendo estuvo en su mayoría por profesores, los cuales, como ya dijimos al hablar de Saavedra, hicieron de la REVISTA una prolongación de sus cátedras.

Por eso, no una, sino muchas veces tendremos que hablar de la REVISTA, que hablar de ella será hablar de la Escuela y de sus profesores, tan asiduos asistentes a la redacción de aquélla como a las clases de ésta.

Fué el local de la REVISTA, durante muchos años, centro de reunión de los ingenieros; allí acudían para cambiar impresiones sobre cuestiones de Cuerpo y sobre asuntos relacionados también con la cosa pública.

Exclusivamente técnico nuestro periódico, nunca dió cabida en sus columnas a artículos o gacillas que con la política se rozasen; pero jamás ocultó tampoco su conformidad con los movimientos progresistas, como se decía entonces, porque entendía que esos avances en sentido liberal eran altamente beneficiosos para la nación y para el desarrollo de las obras públicas especialmente.

Su aparición coincidió, con diferencia de pocos

meses, con la primera sublevación militar de carácter propiamente revolucionario, punto de partida de una era de agitaciones y turbulencias con las cuales se fué preparando el golpe final de la Gloriosa, y la REVISTA acogió este movimiento en el número del 1º de agosto del 54 con las siguientes palabras: «La REVISTA se limita a manifestar que está conforme con los principios que se anuncian como base de nuestra nueva organización política y administrativa.»

Porque nadie ignora que la revolución del 54 decretó la desamortización civil y eclesiástica, continuación de la realizada años antes por Mendizábal, que llevó a las arcas del Tesoro más de 2 000 millones de reales, y sabido es también que estos mayores recursos de que pudo disponer el Estado fueron empleados en gran parte en la construcción de carreteras, en subvencionar a las Empresas de ferrocarriles, en mejorar los puertos y en alumbrar las costas, tan extensamente ésto último, que nuestro litoral marítimo fué en aquel tiempo el mejor alumbrado de toda Europa.

Erán constantes tertulios en la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, en los años que median entre ambas revoluciones, la del 54 y la del 68, Sagasta, Echegaray y Gabriel Rodríguez, Ministros los dos prime-

ros después en el primer Gobierno revolucionario; leader del grupo economista el tercero; progresista Sagasta; demócratas Echegaray y Gabriel Rodríguez.

¿Sería extraño suponer que fuese en las oscuras salas de la Escuela y en las de la REVISTA donde primeramente resonaron aquellos cantos a la libertad y aquellas acometidas al moderantismo del más tarde jefe del partido liberal, y donde floreciera la semilla del librecambio y del credo democrático individualista que sirvió de base a las más radicales reformas de nuestra Administración?

Cuando se camina por los entresijos de la maraña histórica no es difícil tropezar con un hilillo que sirva de nexo a cosas más distantes y diversas.

La revolución de septiembre y la Escuela de Caminos. ¿Hay dos cosas al parecer más extrañas entre sí? Pues no lo fueron. Porque en la Escuela de Caminos y en la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS se formaron tres de las más salientes figuras de la revolución, y dos de ellas del grupo democrático precisamente, cuyo ideario fué el nervio y la sustancia de la famosa Constitución del 69.